

## **SOBRE EL INTELLECTUAL EDUARDO GARCÍA DUARTE (1830-1905), ABUELO MATERNO DEL ESCRITOR FRANCISCO AYALA. UN DOCUMENTO HISTÓRICO**

**Amelina Correa Ramón**

*Universidad de Granada*

**ABSTRACT:** *This article offers new historical data on the maternal grandfather of Granada writer Francisco Ayala García-Duarte (1906-2009) obtained from the transcript and detailed commentary of a personal letter that has recently been discovered. Despite dying just a year prior to the birth of his grandson, Eduardo García Duarte (1830-1905) was an exemplary figure whose presence was felt throughout Ayala's life. He represents a model of intellectual and personal coherence in the troubled last decades of nineteenth century Spain. Republican and influenced (or perhaps coincident) by the ideas of krausismo, Eduardo persevered as an industrious doctor and devoted teacher, and eventually attained the position of rector of the University of Granada.*

**KEY WORDS:** *New historical data intellectual Eduardo García Duarte maternal grandfather writer Francisco Ayala.*

En la iluminadora obra autobiográfica que Francisco Ayala (1906-2009) titulara *Recuerdos y olvidos* (1988) llama sin duda la atención, en la evocación de sus orígenes familiares y su niñez granadina (cf. Correa Ramón, 2010a), la impresionante figura de su abuelo materno Eduardo García Duarte, quien, paradójicamente, había de fallecer un año antes del nacimiento del futuro escritor. A pesar de eso, su imagen se dibuja poderosamente como un modelo que, en la distancia del tiempo, continuó influyendo positivamente en el escritor durante toda su vida.

Desde luego, el comienzo de dicha imagen no surge sino a través del filtro idealizador de los ojos de Luz García-Duarte González, hija de Eduardo y progenitora de nuestro escritor. Así, Ayala manifiesta explícitamente: "Mi madre veneraba su figura, la evocaba con frecuencia, y se complacía en hablarme de él: era su hija menor y, de seguro, su predilecta" (Ayala, 1988, 40). Pero su contorno se com-

## **ABOUT THE SCHOLAR EDUARDO GARCÍA DUARTE (1830-1905), THE MATERNAL GRANDFATHER OF THE WRITER FRANCISCO AYALA. A HISTORICAL DOCUMENT**

**RESUMEN:** El artículo ofrece nuevos datos históricos sobre el abuelo materno del escritor granadino Francisco Ayala García-Duarte (1906-2009), basándose en la transcripción y comentario pormenorizado de un documento como es una carta familiar recién localizada. Eduardo García Duarte (1830-1905), quien a pesar de fallecer un año antes del nacimiento de su nieto fue una figura ejemplar muy presente durante toda su vida, parece ofrecerse como modelo de coherencia intelectual y personal en el conflictivo panorama histórico de las últimas décadas del siglo XIX en un país en crisis, republicano e influido (o quizás coincidente) por las ideas del krausismo, perseverante, laborioso, médico vocacional y docente entregado, que llegaría incluso a ser Rector de la Universidad de Granada.

**PALABRAS CLAVE:** Nuevos datos intelectual Eduardo García Duarte, abuelo materno escritor Francisco Ayala.

pleta posteriormente con las informaciones aprendidas en diversas fuentes, conformando un retrato muy positivo de su abuelo materno, Don Eduardo García Duarte, quien parece ofrecerse como ejemplo de coherencia intelectual y personal en el conflictivo panorama histórico de las últimas décadas del siglo XIX en un país en crisis, republicano e influido (o quizás coincidente) por las ideas del krausismo, perseverante, laborioso, médico vocacional y docente entregado, a la vez que afectuoso padre de familia (cf. Correa Ramón, 2010b). De los abundantes retratos que conservaría la familia, Francisco Ayala comentará que se observaba una "figura de gran prestancia, muy de acuerdo con la nobleza de su carácter" (Ayala, 1988, 39).

Eduardo García Duarte había nacido en Madrid el día once de febrero de 1830, en la antigua calle del Almendro, en pleno corazón histórico de la ciudad. Sus padres fueron Manuel García Herrera y Vicenta Anastasia Duarte Cordero,



madrileños ambos. El propio Francisco Ayala relata, nuevamente en *Recuerdos y olvidos*, que su juventud resultó difícil al quedar pronto huérfano de padre. A pesar de ello, logró cursar con muy buenas calificaciones los estudios universitarios de Medicina, que concluyó con su Doctorado obtenido a finales de 1853<sup>1</sup>.

Recurriendo tanto a una inteligencia que recogerán los testimonios de numerosos coetáneos, como a su probada capacidad de trabajo, García Duarte concurrirá a varias oposiciones en los meses siguientes, obteniendo el primer puesto en la convocada por la Universidad de Granada. De este modo, por Real Orden de 9 de junio de 1854 sería nombrado Profesor Clínico de la Facultad de Medicina de Granada, abandonando así la capital rumbo a la ciudad de provincias donde desarrollará una importante carrera científica y donde arraigará la familia García Duarte<sup>2</sup>.

Durante el invierno del mismo año de la llegada a Granada de Eduardo García Duarte y hasta el otoño del siguiente año, 1855, aconteció un suceso que contribuiría a poner de relieve la valía tanto profesional como personal del

recién incorporado doctor, demostrando sobradamente un altruismo del que haría gala más de una vez a lo largo de su trayectoria. Se trató de una mortífera epidemia de cólera morbo que asoló toda la península, causando un elevado número de víctimas que se ha cifrado en más de doscientas treinta mil. Dicha enfermedad, procedente de Asia, donde constituye un mal endémico causado por la bacteria *Vibrio cholerae*, llegó a Europa en tres grandes oleadas a lo largo del siglo XIX ocasionando una mortandad que, quizás de manera exagerada, fue comparada en su momento con la de la gran epidemia medieval de peste negra. En España las tres epidemias se produjeron entre 1834-35, 1854-55 y 1884-85. El escritor granadino Melchor Almagro San Martín describirá elocuentemente en su libro autobiográfico *Teatro del mundo* el sobrecogedor ambiente que reinaba en las calles y plazas de las ciudades desiertas por el miedo y el dolor:

Fueron días lúgubres los de aquella epidemia en Granada. Moría la gente como chinchas, según frase consagrada. Se acababa uno de separar de alguna persona, cuando se tenían noticias de su repentino óbito. Por las calles, mudas de terror, pasaban lentamente los carros de los muertos, que iban tocando una campanilla para que el vecindario bajase a depositar sus cadáveres (Almagro San Martín, 2001, 43).

Durante tan catastrófica epidemia, la ciudad de Granada, a través de su Junta Municipal, decidirá establecer un hospital provisional para enfermos menesterosos, que se instalará en el antiguo convento de la Victoria. El edificio, que había pertenecido a la Orden de los Mínimos, fundada en el siglo XV por San Francisco de Paula, se encontraba situado en el barrio del Albayzín, y databa de en torno a mediados del XVI. Al parecer se utilizó como cuartel durante el período de la invasión francesa, siendo posteriormente desamortizado en 1835. Tras una azarosa historia, a partir del año 1848 quedaría abandonado casi en situación de ruina.

En cualquier caso, esta gran edificación, rodeada de huer-tas y distribuida en torno a un hermoso patio renacentista con columnas de mármol, y cuyas naves estaban adornadas en sus techumbres por espléndidas armaduras mudéjares y renacentistas, fue la elegida para la instalación del hospital de enfermos afectados por el cólera. Para ello, se encomendó la tarea de organizar y poner en marcha dicha institución benéfico-sanitaria a Eduardo García Duarte,



que la desempeñó con auténtica vocación, entrega y notable eficacia. Afortunadamente, al término de su misión el profesor universitario escribió una detalladísima memoria, que sirve hoy en día como preciso testimonio de cuanto aconteció aquellos días y de cuál fue su comportamiento ante tal situación de crisis.

Haciendo gala de una admirable capacidad de organización, García Duarte pondrá en marcha, partiendo desde la nada y en un edificio que presentaba de entrada serias dificultades, un hospital que funcionará a la perfección y que salvará a un porcentaje elevado de sus enfermos durante los meses del verano de 1855, estación durante la cual, debido al calor, aumentaba el índice de contagios. La memoria comienza por la narración de la visita que el doctor, en compañía del Sr. Síndico Primero, Don José Ruiz de Almodóvar, cursa al edificio que se le ha sugerido, con el fin de evaluar las posibilidades reales que presenta. De este modo, concluye: "Encontré un edificio deteriorado y algo ruinoso en uno de sus ángulos, sobre todo en el segundo piso, pero que conserva en el principal, y separado de la parte ruinoso, un número de dependencias en muy buen estado, en las que convinimos desde luego que podían colocarse los enfermos, teniendo en cuenta las buenas condiciones de las mismas, y la ventajosa situación topográfica que goza el edificio" (García Duarte, 1855, 3-4).

Con sorprendente rigor y minuciosidad, García Duarte va relatando todas las etapas y detalles del establecimiento del hospital: distribución de las salas, adquisición del material necesario, organización y funciones del personal,

gastos derivados de todo el proceso, etc. A continuación, pasa a una segunda parte de su escrito, donde hace gala de un profundo interés por el continuo aprendizaje que lo iba a caracterizar siempre, a la vez que pone de manifiesto de manera evidente su certeza de que la medicina se aprende mediante la práctica y la experimentación. De este modo, reflejará el contenido de sus abundantes notas tomadas durante ese período, en las que constan reflexiones y observaciones generales acerca de la enfermedad, estado y procedencia de los pacientes recogidos, clases de sintomatología que éstos presentan, tipos de tratamiento aplicados (medicación, dieta, etc.), y resultados finales obtenidos. Concluye por último García Duarte alertando acerca de la necesidad de prevenir el contagio, evitando en la medida de lo posible lo que sin duda considera factores de riesgo:

Si no hay una sustancia o un medicamento, que obrando sobre la organización impida que esta sea impresionada por la enfermedad, hay medios de alejar la exposición, y disminuir las probabilidades de ser atacado por ella. Estos medios son, y es menester no olvidarlo, la rígida observancia de las reglas higiénicas. Los abusos de todas clases, la miseria, las pasiones, todo, en fin, lo que modifica la vida de una manera anormal, imprime una predisposición para el padecimiento. Si este hecho no estuviera, puede decirse, en el sentido común, si no tuviera además una razón científica, lo encontraríamos probado en pequeña escala, en la observación de las condiciones a que estuvieron sujetos antes de ser invadidos todos los enfermos que se han albergado en el hospital (García Duarte, 1855, 19).

Para completar su memoria, se incluye al final un minucioso apéndice que comprende las fichas personales de cada uno de los pacientes tratados, indicando, además de sus datos personales, el estado y la fecha en la que llegó al hospital, el tratamiento que se le aplicó, así como el resultado obtenido.

Habiendo estudiado recientemente tanto la figura del modélico intelectual Eduardo García Duarte como la influencia que ejercerá andando el tiempo sobre su lúcido nieto escritor (cf. Correa Ramón, 2010 a y b), quisiera aprovechar este breve artículo para presentar un documento histórico que añade nueva luz, en concreto sobre este heroico episodio de su vida, además de aportar interesantes detalles de tipo biográfico, y que se transcribe íntegramente a finales

de este artículo. Se trata de un texto epistolar que han conservado hasta la fecha sus descendientes, y que fue escrito precisamente en plena epidemia de cólera, cuando el abnegado doctor, con tan sólo veinticinco años de edad, desempeña justamente su meritoria tarea de ayuda a los enfermos más necesitados. La carta, fechada en la madrugada del día cinco de julio de 1855, está dirigida por Eduardo García Duarte a su madre, Vicenta Anastasia Duarte Cordero, y constituye un impresionante testimonio de la entereza de quien se considera en peligro de muerte, y escribe unas letras de despedida a las personas que más le importan en el mundo: "En los momentos supremos en que ignoro si dentro de un instante, rendiré mi homenaje al Dios eterno [...]".

En efecto, aunque la carta está dirigida inicialmente a su madre, con palabras de ardiente cariño filial, en ella, ante la certeza de los riesgos que corre, le declara a su progenitora la existencia de una persona que hasta esa fecha ésta desconocía. Sincerándose por fin con su madre en el amargo trance en que se encuentra, le revela que mantiene una relación amorosa seria y honesta con una mujer, e incluso, al final del folio manuscrito, incluye varios párrafos que tienen a su novia como destinataria, no sin antes advertirle a su madre "A continuación la voy [*sic*] a dedicar algunas líneas que no creas, no, que profanan la santidad y la pureza de lo que a ti te escribo".

Esta mujer, que se convertiría en breve en la esposa del entregado doctor, quien a pesar de sus temores de esa madrugada de estío sobreviviría a ésta y a otras epidemias en las que se entregó siempre con denuedo, se llamaba María Josefa Remigia González Pérez ("Pepa mía", la llamará él en su carta), y había nacido igualmente en Madrid, el 1 de octubre de 1833. Eduardo García Duarte habla en su texto de los siete años de relaciones formales que llevan juntos ("Ten la satisfacción [...] de que han pasado siete años sin que nadie, absolutamente nadie, te haya usurpado el más pequeño sitio de mi corazón"), por lo que habría que suponer que ambos se conocieron muy jóvenes en su ciudad natal y que iniciaron su noviazgo cuando tenían respectivamente dieciocho y quince años. Sorprendentemente, habían logrado mantener en absoluto secreto dicha relación incluso para la familia más cercana durante tan largo tiempo.

Se comprende así la nostalgia que Eduardo García Duarte permitía traslucir meses antes en el diario privado que

mantenía, cuando, recién llegado a la ciudad de Granada tras ganar la oposición, continuamente evoca la ausencia de su adorada Pepa. Así, por ejemplo, el apunte correspondiente al 26 de junio de 1854, en que relata una visita a la Alhambra, dice así:

He visitado la Alhambra y es verdaderamente preciosa. En el Mirador de la Sultana, en el Salón del baño y en la sala de la justicia, escribí tu nombre, hermosa mía, en el mármol de sus columnas y de sus paredes, quise unir tu recuerdo con el suyo y hacer eterno como aquellos el culto de tu amor... ¡vanos esfuerzos de un corazón que mañana será sólo polvo! (*Apud Santos Moreno, 2001, 208*).

La carta sirve además para confirmar lo que ya adelantaba Francisco Ayala en *Recuerdos y olvidos*, en el sentido de que la infancia y primera juventud de su abuelo no habían resultado en absoluto fáciles al fallecer prematuramente su padre. De hecho, impresiona lo reiteradamente que refiere a su madre la carencia de fortuna que ha caracterizado su vida hasta ese momento: "he sido tan poco feliz hasta ahora, que la idea de la muerte ni me asusta ni me asustará". En efecto, García Duarte parece asumir la posibilidad más que probable de su muerte, porque "al aceptar el título de mi profesión sabía ya que ofrecía mi vida en holocausto de mis hermanos, y le acepté [*sic*] con abnegación y gustoso". Sin embargo, hijo responsable y concienciado, no puede evitar manifestar una honda preocupación por la situación en que quedará su madre si él le falta y en lo penosa que resultará su ancianidad:

Pobre madre: tu recuerdo es lo único que me entristece, pensar que tú, anciana, pobre y sin apoyo, quedas en el azaroso mar de la vida, sin mi brazo robusto que te defienda y ayude... ¡ah! Esta idea me parte el corazón. Sé morir sin temor; estoy viendo la muerte en todos lados, y sobre mi frente no se forma una arruga; pero lo que no me abandona es esa idea de fuego que atraviesa mi cerebro.

Asimismo, le preocupa el hondo dolor que causará en su prometida, y el no poder cumplir la promesa de contraer matrimonio con ella: "Si mi destino es morir aquí, será un dolor de los últimos que me atormenten, el que no pueda darte el título de esposa".

Tan fúnebres presagios, sin embargo y como ya ha quedado adelantado, no sólo no se cumplirán, sino que Eduardo

García Duarte terminará de manera muy exitosa la labor que se le había encomendando. Cabría señalar, además, que la loable y filantrópica actitud por parte del joven Dr. García Duarte se llevó a cabo de manera completamente desinteresada, puesto que prestó sus servicios de modo gratuito. Por este impagable servicio, "desempeñado con abnegación, celo y desinterés mereció que la Junta Municipal le diese las gracias a la terminación de la epidemia, y acordase la impresión de la Memoria que acerca del mismo redactó"<sup>3</sup>. Un año después, sería condecorado por este motivo con la Cruz de Epidemias, otorgada por Real Orden de 21 de junio de 1856<sup>4</sup>.

En relación con este punto y para finalizar, se puede traer a colación el testimonio posterior de su nieto Francisco Ayala, quien referirá que, por fidelidad a sus ideas republicanas, su abuelo "declinó el ofrecimiento que el Gobierno le hiciera de un título nobiliario –el de marqués, si no me equivoco– en reconocimiento de su conducta abnegada durante la epidemia de cólera que asoló Andalucía" (Ayala, 1988, 39).

Carta de D. Eduardo García Duarte:

En Granada a la 1 y media de la noche del día 5 de Julio de 1855

Hay momentos solemnes en la vida, en los cuales el alma se concentra en sí misma y los pensamientos tienen que refluir sobre los objetos que son más caros y queridos.

Hoy que bajo la influencia de una epidemia mortífera, veo diezmarse la población en que vivo, hoy que tal vez está mi vida amenazada quiero dejar trazados mis pensamientos, que por más que los redacto en plena salud, tengo seguridad de que serán los mismos cuando las sombras de la muerte empiecen [*sic*] a obscurecer mi inteligencia.

Madre mía: he sido tan poco feliz hasta ahora, que la idea de la muerte ni me asusta ni me asustará. No la deseo, pero la recibiré sereno, sobre todo si la he adquirido dedicándome al socorro de mis semejantes, porque entonces la miraré como la última prueba a que he sido sometido para la expiación de faltas anteriores.

Lleno de vida, lleno de salud, repito que no me entristece morir, al aceptar el título de mi profesión sabía ya que ofrecía mi vida en holocausto de mis hermanos, y le acepté [*sic*] con abnegación y gusto; y a más de esto... ¡estoy ya tan cansado de luchar contra el destino, siempre adverso y fatal para mí!

Pobre madre: tu recuerdo es lo único que me entristece, pensar que tú, anciana, pobre y sin apoyo, quedas en el azaroso mar de la vida, sin mi brazo robusto que te defienda y ayude... ¡ah! Esta idea me parte el corazón. Sé morir sin temor; estoy viendo la muerte en todos lados, y sobre mi frente no se forma una arruga; pero lo que no me abandona es esa idea de fuego que atraviesa mi cerebro. La idea de que podrás verte en la indigencia, cuando tus afanes y tus cuidados te habían hecho digna de una vejez tranquila, como la que yo te preparaba, me horroriza y me hace elevar una ferviente súplica al Creador para que aparte de ti una prueba semejante.

En los momentos supremos en que ignoro si dentro de un instante, rendiré mi homenaje al Dios eterno, de verdad, quiero decirte que hay una muger [*sic*] que alternará contigo en su quebranto, porque esta muger [*sic*] también por mí vivía. A continuación la voy [*sic*] a dedicar algunas líneas que no creas, no, que profanan la santidad y la pureza de lo que a ti te escribo.

Haora [*sic*] que mi corazón se ha abierto a tu vista como un libro de caracteres indelebles, porque tienen el sello de la más absoluta verdad, me resta sólo decirte que durante mi vida no ha habido para ti ni un solo pensamiento que no fuera para santificarte y para ponerte tan alta como mereces. No tengo nada, absolutamente nada, de que arrepentirme en este punto. Tu hijo te saluda tal vez como la última.

Eduardo GARCÍA DUARTE

Pepa mía: si lo que dejo escrito, llega un día en que tengas que leerlo sin mí, admite como tuyo todo lo que precede. Después de haberlo escrito ves que mi pulso no tiembla, estoy sereno y más tranquilo porque creo que he cumplido un deber. Lo que le digo a mi pobre madre y a ti dulce paloma, no lo hubiera escrito, si mi último suspiro fuerais vosotras las que lo recogierais, pero siendo personas extrañas [*sic*], podrían adulterar la pureza de mis pensamientos al transmitirlos.

Ten la satisfacción hermosa mía, de que te amo como nadie te amará, de que han pasado siete años sin que nadie, absolutamente nadie, te haya usurpado el más pequeño sitio de mi corazón.

Lo que te he dicho de palabra y por escrito acerca de nuestros amores, ha sido siempre la verdad. Si mi destino es morir aquí, será un dolor de los últimos que me atormenten, el

que no pueda darte el título de esposa; el no haber podido consumir uno de los deseos que me han servido de estímulo, en mi azarosa y contrariada carrera.

Eres mi esposa sin embargo, porque es imposible que a una esposa se la adore y se la considere más que yo contigo lo he hecho.

Mi pobre madre y tú, ángel de mis sueños, seréis los serafines cuyo recuerdo último, me llevarán cobijado en su manto a los pies del Supremo Hacedor.

El último destello de mi inteligencia, será un suspiro de amor, puro, inmenso y como siempre lo ha sido para ti, el de tu amante

Eduardo García Duarte<sup>5</sup>

## NOTAS

- 1 Cf. Expediente personal de Eduardo García Duarte en el Archivo Universitario de Granada (Signatura: L-667-53).
- 2 En torno a finales de la década de los años ochenta, Eduardo García Duarte iniciará las oportunas gestiones conducentes a que sus dos apellidos sean considerados legalmente como uno solo, enlazados mediante un guión, con el objeto de que su memoria pudiera perpetuarse en sus descendientes. Así será conseguido, efectivamente, y hecho oficial por una Real Orden de 12 de enero de 1889. A partir de ese momento, los apellidos de sus hijos serán consignados como "García-Duarte González". De ello se da parte incluso a las instancias religiosas, puesto que en la inscripción del bautismo de Luz –la madre de Francisco Ayala– contenida en el Libro de Bautismos 33-b de la Parroquia de los Santos Justo y Pastor (Granada) se encuentra una nota marginal escrita bajo la inscripción del nombre de la bautizada, que manifiesta lo siguiente: "En virtud de Despacho del Ilmo. Sr. Provisor se convierte en uno solo por medio del guión los apellidos del padre y de acuerdo con una R. O. de 12 de enero de 1889. De esta nota no se libraré certificado mientras no lo pida autoridad o parte legítima".

3 Expediente personal de Eduardo García Duarte en el Archivo Universitario de Granada (Signatura: L-667-53).

4 *Ibidem*.

5 Transcripción de la carta de Eduardo García Duarte gracias a la copia facilitada por D. Rafael González-Carrascosa García-Duarte, bisnieto de Eduardo García Duarte, a quien desde aquí agradezco su amabilidad.

En la transcripción se ha optado por normalizar y regularizar la acentuación y puntuación, respetándose, no obstante, las faltas de ortografía presentes en el texto, que se han indicado mediante el preceptivo [sic].

## BIBLIOGRAFÍA

- Almagro San Martín, Melchor (2001): *Teatro del mundo. Recuerdos de mi vida*, ed. de Amelina Correa Ramón, Granada, Diputación de Granada.
- Ayala, Francisco (1988): *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza.
- Correa Ramón, Amelina (2010a): *La familia de Francisco Ayala y su infancia*, Granada, Fundación Francisco Ayala/ Universidad de Granada.
- Correa Ramón, Amelina (2010b): "Hacedme un duelo de labores y esperanzas": el abuelo materno del escritor Francisco Ayala, o la coherencia de un intelectual de la segunda mitad del XIX", *Ínsula*, 760, abril, 2-4.

**Recibido:** 23 de mayo de 2011

**Aceptado:** 15 de junio de 2011

García Duarte, Eduardo (1855): *Memo-  
ria acerca del Hospital de coléricos  
establecido en el ex-Convento de  
la Victoria, durante la epidemia del  
cólera en Granada en los meses de*

*julio y agosto de 1855*, Granada,  
Imprenta de D. Francisco Ventura  
y Sabatel.

Santos Moreno, María Dolores (2001):  
"Granadinas olvidadas: María de la

Luz García-Duarte González", en  
Sánchez Trigueros, Antonio y Váz-  
quez Medel, Manuel Ángel (eds.),  
*Francisco Ayala, escritor universal*,  
Sevilla, Alfar.